

# EN BUSCA DEL PAÍS PERDIDO (Visiones y obsesiones de Centroamérica) *Sergio Ramírez*

---

**Lección Inaugural**

**Universidad Rafael Landívar.**

**Guatemala, 16 de febrero, 2012**

En una vieja imprenta de León donde en mis tiempos de aprendiz de escritor editaba la revista literaria Ventana, los tipógrafos trabajaban semidesnudos, los torsos relucientes, escogiendo los tipos móviles en los chibaletes al calor de bochorno de cuarenta grados a la sombra, una de esas imprentas que parecía haber sobrevivido en el tiempo para parecerse a las descritas en las novelas de Balzac.

El taller tipográfico, donde alguna vez se imprimieron hojas incendiarias contra el clero, se llamaba La Antorcha y había sido propiedad de un abogado francmasón, herencia ahora de su viuda de misa diaria. En una de las paredes de adobe colgaba bajo un vidrio un cartel de gran formato, como los antiguos bandos que se fijaban con engrudo a las paredes. Era el discurso que el general Rafael Uribe y Uribe, caudillo liberal colombiano entonces exiliado en Nicaragua, había pronunciado en 1881 en los funerales del general Máximo Jerez, caudillo liberal también y tan anticlerical aún para la posteridad, que su estatua, levantada en la plaza de León, le da las espaldas a la catedral. La sombra del general Uribe y Uribe, abogado y tribuno además de militar, pasa por las páginas de *Cien años de soledad*, pues fue uno de los protagonistas de la Guerra de los Mil Días en Colombia, y tanto a él como a Jerez, abogado y tribuno también además de militar, los unió la derrota pues ninguno ganó nunca las guerras que emprendieron.

Cada vez que llegaba a la imprenta a corregir las pruebas de la revista me acercaba a leer aquel cartel orlado de negro que me atraía por su retórica encendida, y en mi memoria quedó una de sus frases:

“¿Qué horas es en Centroamérica, preguntó la voz del cañón. Y el eco le respondió: medianoche todavía”.

Existía en los revolucionarios liberales la convicción de que la oscuridad feudal sólo podía ser despejada a cañonazos, y que no habría amanecer sin la conquista de la unión centroamericana, el viejo ideal del general Francisco Morazán, fusilado en 1842 en Costa Rica por causa de su reiterado empeño de reunir aquellos pedazos dispersos de una república federal evasiva hasta volverse imposible. Cuando enterraban en León a Jerez, loado por Uribe, gobernaba en Guatemala el general Justo Rufino Barrios, caudillo de la revolución liberal que apenas un año antes había emprendido una guerra fracasada para restituir la unión centroamericana. Barrios, amantado en el ideal morazánico, sucedía en la historia a Rafael Carrera, amamantado en las sacristías.

¿Pero cuáles eran las distancias verdaderas entre reformadores y contra reformadores? Más allá de las inquinas ideológicas y las intransigencias políticas, los caudillos de uno y otro signo, reformadores liberales o reaccionarios conservadores, seguían pareciéndose desde los tiempos de las primeras luchas por la independencia. El fruto del siglo diecinueve centroamericano es el caudillo que alza el sable por encima de la ley y se lleva la constitución entre las patas del caballo del que ya nunca se quiere desmontar. La silla del caballo, o la silla presidencial, que viene a ser lo mismo.

Nuestras provincias quedaron desde entonces sueltas y desvalidas, divididas por prejuicios mezquinos, a merced de los intereses extranjeros y de las intervenciones militares, y aún en la segunda mitad del siglo veinte enfrentados en conflictos bélicos

inútiles, como la célebre guerra del fútbol entre Honduras y El Salvador en 1969, que lejos de su aparente banalidad tuvo raíces profundas que se enterraban en la pobreza, la desigualdad, y los intereses de la oligarquías y las castas militares.

“¿Qué hora es en Centroamérica”? Esta pregunta del siglo diecinueve, por retórica que parezca, aún nos la planteamos en el siglo veintiuno, en plena postmodernidad. Si leemos nuestras constituciones decimonónicas tocamos con las manos la utopía nunca resuelta. Gobiernos para el bien común, instituciones firmes y respetadas, independencia de poderes, sujeción de los gobernantes a las leyes, respeto a los derechos individuales, libertad de expresión, igualdad ante la justicia. Podemos leer esas constituciones como novelas, fruto de la imaginación. Nuestras mejores novelas.

Cuando después de la independencia intentamos la modernidad, no pudimos apropiarnos de los modelos que se nos proponían. Eran ropajes importados que quisimos cortar a nuestra medida, los mismos que vistieron Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Jefferson, Paine. Pero si nos fijamos bien, bajo los pliegues de esos ropajes asoma siempre la cola del caudillo que impone el autoritarismo sobre la democracia porque, en esencia, la cultura rural de nuestras sociedades no ha cambiado, y la educación, única capaz de derrotarlo, sigue siendo el más rotundo de nuestros fracasos, todavía fiel a modelos sociales que perdieron ya toda su eficacia.

Obsolescencia, modernidad, postmodernidad. Hoy nos damos cuenta que para entrar en los desafíos de la postmodernidad, tendremos que resolver primero los de la obsolescencia, y los de la modernidad. En términos políticos, de organización social, de modelos

económicos, de parámetros de educación, no somos aún modernos. Tan poco lo somos, que la idea de una república federal sigue siendo vista como quimera lejana, o como una extravagancia, *un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada*, como en Macbeth, sin poner mente en que, a largo plazo, una Centroamérica fragmentada no puede ser viable en el mundo global que cada vez más estará formado por piezas integradas, como única posibilidad de sobrevivir frente a los grandes poderes, tradicionales, y emergentes.

Postmodernidad ¿Y la modernidad? La modernidad sigue siendo el sueño no resuelto de los fundadores republicanos, empezando por Morazán, cuando se quiso dar a la independencia un sentido de progreso político, material, y moral. Quizás sería mejor decir que en lugar de resolver nuestro acomodo en el siglo veintiuno, deberíamos terminar de resolver nuestras cuentas pendientes con el siglo diecinueve, que fue un siglo pleno de propuestas de modernidad, y ajustar también esas cuentas con en el siglo veinte, que fue un siglo perdido del que apenas recuperamos, ya al final, el derecho a elegir, que no deja, sin embargo, de seguir siendo malversado.

Si hablamos de modernidad, antes de hablar de postmodernidad, ¿cuánto ha cambiado, en verdad, nuestro papel en la división internacional del trabajo? La lista de nuestros productos de exportación sigue siendo la misma que en el siglo diecinueve, salvo uno que viene a ser ahora el primero: la mano de obra de los emigrantes. Ganado vacuno, minerales, madera. Café, cacao, azúcar. En la mesa de la civilización, seguimos sirviendo los postres. Las cifras de exportación crecen, porque crecen los precios, a la par que también crecen, para

nuestro mal, los del petróleo; pero no porque crezca la productividad, ni porque demos más valor agregado a esos mismos productos decimonónicos, transformándolos.

No somos una pieza activa, sino pasiva de la globalización. La postmodernidad está ligada a la cibernética, más que a ningún otro concepto. Como en los viejos tiempos de Pitágoras, la esencia del universo, y por tanto del conocimiento, ha vuelto a ser el número, y no la letra. Es el número el que aparece otra vez como principio y esencia de las cosas, rigiendo la armonía del mundo. Y es el número el que crea las palabras, y las imágenes. Desde el número, un simple par de números binarios, es que la cibernética parte hacia la elaboración de todos sus infinitos códigos.

Aprender, investigar, inventar, crear, leer, escribir, comunicarse, informarse, recrearse, opinar, nunca había dependido, como hoy, de una sola operación, o de un conjunto de operaciones ejecutadas a través de un solo instrumento de ámbito doméstico, o que podemos llevar con nosotros. Y esta posibilidad múltiple para el individuo, transforma también las nociones de estado, nación, sociedad, e identidad, y las pone en crisis. Y aún altera nuestra idea del pasado, y nuestra manera de percibir la historia.

Hemos ligado siempre la idea de estado a la de nación, y hemos supuesto una identidad centroamericana. No es una falacia. Pero esa identidad está basada más en su diversidad que en colores homogéneos. Perseguir esa identidad común ha sido una tabla de salvación, quizás inadvertida, en medio de grandes tormentas. Hemos tenido identidad porque la buscamos. La identidad está en la búsqueda. Y es un asunto antes que nada cultural. De alguna manera, la cultura

nos salva del fracaso de nuestras visiones, sueños de la razón que, como en los caprichos de Goya, terminan engendrando monstruos.

El poeta nicaragüense José Coronel Urtecho señalaba que a cada época del devenir de Centroamérica correspondía una obra literaria capital: el *Popol Vuh* a la época precolombina; la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, a la época de la conquista; la *Rusticatio Mexicana*, del padre jesuita Rafael Landívar, a la época colonial; y la poesía de Rubén Darío, a la época independiente. Yo debo agregar la obra narrativa de Miguel Ángel Asturias en el siglo veinte. Somos una potencia cultural con los pies descalzos. ¿Cuántos Rubén Darío, cuántos Asturias se han quedado analfabetas década tras década? Músicos, filósofos, ingenieros cibernéticos, cirujanos, genetistas, astrónomos, que nunca llegaron a serlo, disueltos en la marginalidad, que es como la nada.

Esas obras fundamentales, y fundacionales, no se quedan en las estrechas y confusas fronteras centroamericanas, y son en todo sentido universales, en la medida en que enseñan el valor trascendente de una cultura que habría de alcanzar a finales del siglo diecinueve la dimensión moderna que le da la poesía de Rubén Darío desde la publicación de *Azul* en 1888, toda una revolución en la lengua castellana continuada en la prosa de vanguardia de Asturias, desde la aparición de *Leyendas de Guatemala* en 1930, “mezcla de naturaleza tórrida, de botánica confusa, de magia indígena, de teología de Salamanca, donde el Volcán, los frailes, el Hombre-Adormidera, el Mercader de joyas sin precio, las bandas de pericos dominicales, los maestros magos que van a las aldeas a enseñar la fabricación de los

tejidos y el valor del Cero, componen el más delirante de los sueños”, según el juicio de Paul Valéry.

Nuestra modernidad real en el siglo diecinueve fue la del modernismo. Nos hizo no sólo contemporáneos, sino inventores de una cultura cosmopolita, un término caro a los modernistas. Y eran, en su mayoría, Darío a la cabeza, liberales positivistas, convencidos de que la modernidad literaria tenía su par en el progreso, en el aprovechamiento local de los nuevos medios de comunicación, los ferrocarriles, el telégrafo, el cable submarino, las instituciones civiles separadas de la iglesia, la enseñanza laica. Era el momento en que Centroamérica atravesaba por las transformaciones económicas que traía consigo la extensión de la caficultura. Cuando Darío se despide de Nicaragua en 1908 después de su viaje triunfal a la tierra natal, en el discurso que pronuncia en el Ateneo de León lo que recomienda a los jóvenes, más que hacerse poetas, es que aprendan las artes liberales, de provecho para el avance del país.

Pero nuestra identidad cultural, común por diversa, que se refleja antes que nada en la lengua, no ha podido servirnos como factor de integración política. Compartimos la riqueza creativa que nos depara la cultura, pero no espacios políticos comunes reales, y estamos aún lejos de lograrlos.

Uno de los sustentos de nuestra visión del mundo ha sido el pasado, en la medida que hemos seguido peleando por la modernidad. En el pasado encontramos siempre un amago de gloria, o una lección que sacar, y desde su ámbito hemos creído que se puede corregir el porvenir. Vivimos con la nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue.

El pasado tuvo primero que ser presente, y después congelarse en unas cuantas imágenes que se apagaban, pero no se destruían. Hoy, el presente se hace pasado frente a nuestros propios ojos en las pantallas, y ya no existen acontecimientos lejanos. Lo que tenemos cada día son epopeyas domésticas de fulgor instantáneo, que apenas duran lo suficiente en el presente. Vemos, pero ya no sabemos. Nos informamos, pero ya no nos formamos, y cada vez más tocamos la superficie de los hechos, pero no metemos las manos en su entraña. El narcotráfico, las masacres de emigrantes, la violencia pandillera, la trata de blancas, el asesinato despiadado de mujeres, la corrupción, el lavado de capitales, son parte de una telenovela diaria que entra por un instante en nuestras vidas con su fulgor de muerte y su olor de podredumbre, pero luego olvidamos. Pero es nuestra realidad, por mucho que elevemos cada vez más las murallas con las que pretendemos separarnos del mundo real.

El tráfico de las drogas colombianizó a México, multiplicando los asesinatos y llevando al país a una verdadera guerra civil que en las condiciones actuales en que se libra no tiene ninguna salida, y ahora los carteles están mexicanizando a Centroamérica. Somos un puente natural para el paso de las drogas desde el sur hacia el norte, en busca de la frontera de los Estados Unidos. Nadie puede arrancarnos de nuestra posición geográfica y remolcarnos lejos. La mancha de aceite, o de sangre, viene extendiéndose hacia el sur desde el río Suchiate, un verdadero hervidero donde se cruzan los caminos del transporte de las drogas protegido con celo criminal por los propios carteles, de las bandas paramilitares de los Zetas, de las bandas que roban la droga a los carteles, de *los coyotes* que llevan bajo paga a los inmigrantes

pobres que buscan el pervertido sueño americano. Ninguno de los países centroamericanos puede juzgarse indemne de esta contaminación siniestra.

Y quizás no nos hemos dado mucha cuenta que desde las pantallas, y desde las potestades informáticas, también se engendra poder, un poder sin marca precisa, que tampoco viene de ningún sitio preciso, pero emana los hilos múltiples de una red sutil, que nos atrapa cada día. La globalización financiera ha reducido el espacio de maniobra de las economías locales, y sustituye también a las viejas soberanías de color local; pero el poder transformador que baja desde los satélites no tiene paralelos, y si algo nos recuerda es la perfección del sistema de altavoces del *big brother* de Orwells, para vigilarlo todo. Es un poder, al fin y al cabo, político, como lo es el de los carteles del narcotráfico. Nadie ha elegido a quienes nos gobiernan desde los satélites, ni a quienes trafican con estupefacientes a través del istmo, pero en muchos sentidos deciden por nosotros, y nos someten a su poder.

Y sin haber logrado todavía ser modernos, frente a los nuevos códigos de la postmodernidad somos dóciles, y nos dejamos ir en la corriente. Como antes, tampoco ahora tenemos la capacidad de generar los fenómenos tecnológicos, ni de dominarlos en todas sus consecuencias; pero tampoco podemos influirlos, aún en meros términos semánticos, porque la avalancha cibernética crea sus propios signos, y el lenguaje no tiene más que copiarlos, así como nuestros propios sistemas culturales, desarticulados y empobrecidos, copian, a su vez, los instrumentos técnicos, y su uso.

No producimos tecnología, lo cual marca de por sí una desventaja fundamental. Pero crear tecnología, aplicarla, adoptarla y adaptarla, representa un desafío insoslayable frente a la necesidad de aparejar el desarrollo desigual. La modernización, en tiempos de postmodernidad, significa avanzar rápidamente sobre la acumulación de anacronismos culturales que conviven y sobreviven en Centroamérica bajo el disfraz de la contemporaneidad, y que marcan la vida económica y social. Y semejante puesta al día no puede darse sin la utilización, a fondo y con plenitud, de los instrumentos tecnológicos de la postmodernidad.

Aparejar el desarrollo desigual significa, antes que nada, estrechar los abismos entre los distintos segmentos de realidad que conviven en nuestras sociedades, aislados muchas veces en compartimentos, aún geográficos, con intercomunicaciones esporádicas y desordenadas, por muy pequeños que seamos, y por mucho que podamos divisar desde nuestro solar los campanarios del país vecino.

Representaciones de diferentes realidades sociales, económicas y culturales, que corresponde a épocas diversas y distantes, son parte de esa realidad a la vez sincrónica, y anacrónica: desde las etnias que sobreviven de la caza y de la pesca como en el paleolítico, a la agricultura de espeque, como existía en el siglo quince al momento de la conquista, a las relaciones de trueque en las áreas rurales, a la renta feudal de la tierra, a la cultura de las haciendas, que tiene aún naturaleza patriarcal, hasta la cultura urbana de complejos industriales y centros financieros, y la inserción de la cibernética en las comunicaciones y en la vida diaria. La carreta de bueyes adorna el paisaje igual que las antenas parabólicas.

Los estadios yuxtapuestos de la vida económica y social no han sido capaces de articularse en un modelo de desarrollo sostenido y creciente; pero también se trata de un fenómeno de dispersión, y destemporalización cultural, que al extenderse en el tiempo, como realidad, hace cada vez más difícil que el crecimiento económico sea capaz de corregir por sí mismo el atraso cultural que se interpone, a la vez, como un obstáculo formidable frente al desarrollo.

Nunca hemos sido eficaces en organizar los factores culturales dentro de la perspectiva global del desarrollo, ni en situar el conocimiento científico como base del progreso. Cuánto vamos a saber, y cómo vamos a aplicar el saber, en una pregunta que ni siquiera hemos sabido plantearnos. El mundo de este nuevo milenio se divide ya no sólo entre los que tienen y los que no tienen, sino, sobre todo, entre los que saben y los que no saben.

La globalización no es sólo un fenómeno de integración de mercados, sino de conocimiento, y de uso privilegiado del conocimiento para definir estratos de poder. Como nunca antes, la inteligencia se está convirtiendo en una mercancía: tanto sabes, tanto vales, aplicado a los individuos, pero sobre todo a los países. Los grandes sistemas del saber, que producen dividendos universales, serán cada vez más la clave del dominio mismo de los mercados, y de su desarrollo.

Si no nos preparamos para aprender, en términos individuales y sociales; si no nos aplicamos a organizar sociedades de conocimiento, donde la aventura de pensar vaya a la par con la de imaginar, los abismos de la pobreza, y del atraso, seguirán ensanchándose ante nuestros propios pies en Centroamérica. El abismo que ya está allí.

Alguien repetirá, como desde hace tiempos, que es utópico pensar que la educación, por sí misma, vaya a ser capaz de crear el desarrollo económico, si el atraso depende de mecanismos injustos y discriminatorios, que no van a desmontarse en el aula escolar primaria. Es un error, igual al que se comete al separar el concepto de cultura del concepto de educación, que son partes integradas de la misma entidad humanista.

Cada vez nos servirá menos esa acepción restringida y obsoleta que nos hemos acostumbrado a usar de la palabra cultura, como algo elitista. Cultura debe ser todo lo que crea y transforma, y lo que afirma nuestra identidad diversa; desde el arte y la literatura, por supuesto, a la educación, la generación de ciencia y tecnología y su aplicación creativa, la defensa del medio ambiente, y las formas de convivencia democrática, la igualdad de géneros y la lucha contra la discriminación y la segregación racial, distante del viejo concepto de cultura patriarcal que aún domina las relaciones sociales.

Nuestras sociedades injustas se han erigido, precisamente, sobre sistemas de educación obsoletos, porque la educación implantada tampoco pudo generar la democracia. Son sistemas de educación que se quedaron para seguir intentando crear los esplendores del desarrollo del siglo diecinueve, y con ellos hemos entrado en el siglo veintiuno.

Hoy, las oportunidades de educación se desperdician sin eficacia, y los pocos recursos disponibles se aplican mal: sólo en alumnos repitentes, que son una tercera parte de la matrícula, Centroamérica pierde cada año cientos de millones de dólares; solamente la mitad de los estudiantes que empiezan la primaria la terminan; y de cada ocho

niños que ingresan al primer grado, cuatro ya no llegan al segundo. El pasado nos sigue mirando con ojos de derrota.

La modernidad sigue siendo el escalón roto, el camino perdido hacia nuestra utopía lejana, y la educación establecida, con sus vicios, sus carencias, y sus ambiciones frustradas, no ha podido siquiera hacernos modernos. Llegar a ser sujetos activos de la revolución del conocimiento significa, primero que nada, ponernos al día.

En muchos sentidos, los desajustes del desarrollo, que son desajustes culturales, tienen que ver con la vida social, y por tanto, con la vida política. Estamos aprendiendo a compartir espacios de convivencia que hace apenas una década no se podían sospechar. Pero la modernización significa, también, que en lugar de la magia del poder del individuo, pueda surgir en la conciencia colectiva la magia del poder de las instituciones; y al mismo tiempo, poner a la democracia a salvo de las falsificaciones demagógicas.

De allí que el más importante de los factores de transformación cultural, y por tanto de una identidad compartida centroamericana, debe ser el de la democracia en toda su extensión real y dinámica. Y si la educación deberá servir para transformar, y crear bases para la generación de tecnología, también deberá convertirse, en el aula y el ambiente, en el instrumento de la democracia real. Volver a los ciudadanos agentes libres y conscientes de la democracia, para que las instituciones no tengan sustitutos ni en la voluntad ni en el arbitrio de una persona, de una familia, de una casta, de un partido; y educar para la tolerancia, para el análisis crítico y la revisión permanente de las verdades establecidas, porque la libertad de criterios, y la fuerza con que se expresen, aseguran la democracia. Una democracia humanista.

A la par de la dedicación al crecimiento económico, se necesita una concentración de esfuerzos en el crecimiento cultural, que es imprescindible tanto para el progreso social como para la prosperidad espiritual, sin la cual no hay, a su vez, desarrollo posible. Y el reto del desarrollo cultural es doble: debe actuar entre las naciones centroamericanas, para contribuir a la integración regional; y debe actuar hacia adentro de nuestras sociedades para contribuir a su integración interna, cambiando radicalmente las metas sociales. Y en los dos sentidos, debe preservar la diversidad. No se trata de homogeneizar, sino de crear condiciones para una cultura contemporánea, que necesariamente debe ser diversa, como lo es la sustancia de nuestra propia identidad común. Se trata de que el atraso cultural deje de ser una rémora para el desarrollo económico; y se trata, a la vez, de que al atraso económico deje de ser una rémora para el desarrollo cultural.

No podemos olvidar que la tendencia del proceso global, en sus extremos económicos, y de comunicación, es la desnacionalización. Tanto los capitales, como las imágenes, y el torrente de información diaria, se desplazan por medios electrónicos sin consideración de fronteras; y porque tienen que ver cada vez más con los individuos, y no con las naciones, al hacer caso omiso de las identidades, las descuajan.

Pero así como esta nueva filosofía de la vida está creándose en base a instrumentos de un poder de irradiación nunca visto, esos mismos instrumentos, y redes de instrumentos, deben ser usados igualmente para lo contrario, para afirmarnos en nuestra identidad. La invención del lenguaje electrónico debe representar para nosotros la

oportunidad que hace más de cinco siglos nos trajo la invención de la imprenta: la circulación masiva de las ideas que alentaron los movimientos por la independencia desde comienzos del siglo diecinueve.

Difícilmente vamos a resolver nuestra necesidad de progreso, en términos de una filosofía del desarrollo, presumiendo que la colocación de nuestras materias primas en los mercados internacionales deba seguir siendo la piedra filosofal de nuestras oportunidades en el futuro. Y el papel de maquiladores de piezas electrónicas y de textiles, y de productores de remesas a través de los ciudadanos que más bien huyen de la falta de oportunidades, tampoco va a transformar nuestra oportunidad de futuro en el escenario de la economía global. La emigración es más bien de un drama, una tragedia colectiva de desarraigo y penurias, un verdadero exilio masivo.

El mundo será, por el contrario, de quienes inventen las piezas electrónicas, desarrollen sistemas de software, diseñen las prendas de vestir y los objetos de la vida diaria, y organicen los sistemas de mercado para distribuirlos. Y de quienes logren convertir a sus países, o comunidad de países, en paraíso de oportunidades para su propia gente. Ni ciudadanos golondrina, ni capitales golondrina.

Debemos prepararnos, por lo tanto, para ofrecer inteligencia como nuestro primer producto en el mercado global. Inteligencia generadora de nuevos parámetros científicos y avances tecnológicos: investigadores, descubridores, creadores de sistemas cada vez más audaces de comunicación, de nuevas lógicas del funcionamiento de las empresas, de la excelencia de los servicios. Y creadores de patrones de

convivencia social, y de la vida democrática, ajena a los caudillos. Se trata de desmontar desde sus cimientos la sociedad patriarcal.

La integración política de Centroamérica será seguramente el último de los pasos en un largo camino todavía por recorrer, pero en una situación de inercia nunca será posible. La inercia, más bien, se volverá un factor disolvente. La integración se dará más pronto, mientras más nos acerquemos a la transformación cultural. Entonces se presentará como una necesidad, porque el mundo del futuro será, quiero repetirlo, más que de países, de bloques de países, y de entidades supranacionales que habrán encontrado formas durables de identidad, que tendrán que ver necesariamente con el dominio compartido del conocimiento científico.

Lo primero, es enterrar el sistema educativo, costoso y a la vez obsoleto, y sustituirlo por otro que se convierta en el eje del nuevo proyecto de sociedad democrática, contemporánea de la civilización. La política de inversión y de gasto público debe sufrir un vuelco profundo que permita disponer de recursos verdaderamente cuantiosos para la educación en todos sus niveles, para el desarrollo de las instalaciones tecnológicas, y para la investigación científica. Potenciar las herramientas de la educación y de la tecnología hacia sectores cada vez más extensos; ofrecer espacios alternativos de comunicación, y por lo tanto, de formación. Vincular a los ciudadanos, y sobre todo a los jóvenes, a la sensibilidad por las expresiones artísticas, por la lectura, y por la creatividad.

Las redes cibernéticas, que disputan hoy los valores tradicionales de la soberanía de nuestros países, y que adquieren cada vez mayor poder sobre las conciencias, y sobre la formación de opinión, sobre los

hábitos culturales, los gustos en la música y en los deportes, las preferencias en la alimentación, y que modifican también el idioma, seguirán extendiéndose. Se trata entonces de utilizar una herramienta privilegiada que tiene un alcance masivo, como ninguna otra en la historia de la humanidad, creando dentro de esas mismas redes espacios alternativos de formación, difusión, recreación, enseñanza y aprendizaje, que permitan masificar la cultura, y extender la tecnología misma y sus aplicaciones.

He hablado de identidad, y de identidad en la diversidad, de que la identidad sólo existe mientras la buscamos. Yo emprendí desde muy joven esa tarea, la de buscar cómo entender a Centroamérica, y tuve esa oportunidad gracias a mi trabajo en el Consejo Superior Universitario Centroamericano que me permitía viajar constantemente por nuestros países.

Puse desde entonces el oído en la lengua, y en sus distintas maneras de expresión, y busqué las claves de aquel universo de huellas superpuestas, de voces en sordina, de lamentos soterrados. Las historias no contadas, el mundo indígena bajo la segregación feudal que callaba pero hablaba a través de sus mitos ancestrales, el mundo rural en el que señoreaban las oligarquías donde el pasado se alzaba como una niebla, el sufrimiento bajo la represión brutal de las dictaduras militares, los desaparecidos, los cementerios clandestinos, y entre esa urdimbre, la búsqueda de mi propia identidad como escritor centroamericano. Porque a pesar de todas las adversidades, y las señales que me querían advertir que Centroamérica no era sino una quimera de la historia, un pergamino hecho polvo, yo creía en esa identidad, con la que me revestí para siempre.

Aunque se trataba de un espejo roto, yo podía ver en él los fragmentos de mi propio rostro. Un sistema de vasos comunicantes en el que cada parcela guardaba su propio peso específico. Es como sigo viendo a Centroamérica. Con desazón, pero con esperanza. Después de los años, sigo persiguiendo en mi escritura juntar los pedazos de ese espejo roto, y repetirme que existe.

En mi memoria, vuelvo siempre a encontrarme en mis pares muertos y en mis pares olvidados, perdidos en el aislamiento de sus propios países pero convencidos de la trascendencia de su oficio creador que era una manera de sobrevivir. Por eso quiero terminar con una reflexión que debo llamar sentimental. El recuerdo de José María López Baldizón, autor del libro de cuentos *La Vida Rota*, que recibió en el año de 1960 el premio “Casa de las Américas” en La Habana.

Evoco sus gestos de predicador, de humilde maestro rural, al pasearse por el estrecho espacio de mi cuarto en el Hotel Panamericano de la Sexta Avenida una tarde en marzo de 1967, hablando entre otras cosas de sus días de exilio en México. Mínima su figura, los zapatos empolvados, dando majestad a su atuendo con una larga corbata que le colgaba debajo de la hebilla de la faja, pasando de un tema de conversación a otro sin transición; pero a eso también me había habituado, a las largas, desconcertadas y desconcertantes pláticas centroamericanas en los cuartos de hotel, en las cafeterías, en los corredores universitarios, donde a distintas voces se hablaba de todo a la vez. Y fuera del tema eterno del exilio, con el registro monocorde de chapín de la Baja Verapaz en su voz, me hablaba de su vida de bracero, buhonero, artesano metido a profesor de escuela primaria. Nunca volví a saber por dónde andaba, su dirección perdida en algún viejo folder,

hasta aquel día de 1975 cuando leí que lo habían secuestrado en media calle. Una noticia de segunda página. Desaparecido. Y luego el silencio y el olvido.

Y evoco también a Roque Dalton, el poeta salvadoreño ejecutado en 1975 por sus propios compañeros de lucha bajo la absurda acusación de traición, tiempos en que las disidencias ideológicas tenían una carga letal, y criminal. Roque, irreverente y desenfadado, y dueño de un implacable sentido del humor, y de la ironía, cabía poco dentro de los rígidos cánones de la ortodoxia militante. Su poesía, entre burlona y desolada, desbordaba las estrecheces del marco político, o de la mera propaganda, basta leer su *Poema de amor*, un verdadero himno nacional en el que canta las desventuras de sus compatriotas errantes, “los tristes más tristes del mundo”.

Ésta también es la Centroamérica que no me abandona. La de los sacrificados, la de los olvidados. La Centroamérica que seguiré buscando, en mi vida y en mi escritura.